

REGIONES DE LA PATRIA POCO CONOCIDAS

"Paraísos sin carreteras son paraísos perdidos". Del editorial de "El Tiempo", mayo 19 de 1962.

Por: JOSE IGNACIO RUIZ

Decano de la Facultad de Ingeniería Geográfica
Universidad de Bogotá
"Jorge Tadeo Lozano"

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 83-84, Volumen XXII
Segundo Trimestre de 1964*

Conocí en 1962 uno de los más interesantes rincones de nuestro territorio, cerca de la línea ecuatorial. Linda con la hermana República del Ecuador, y está comprendido entre los ríos San Miguel (parte alta), el Putumayo, el Guamués, y el tronco de la cordillera de los Andes, al Sur de Pasto. Su extensión es del orden de 3.000 kilómetros cuadrados. Su altura, en promedio, es de unos 500 metros sobre el nivel del mar. Lo bañan las aguas cristalinas casi siempre, del Ranchería, del Sapoyaco, del Rumiyaco y del Churuyaco. (Al Ranchería lo denominan MATZEQUA, los Kofanes. A los otros tres ríos los llaman, respectivamente, GOOTA, CUBUYUAC y ANTAY).

Puerto Asís, sobre el Putumayo, es el centro civilizado colombiano más avanzado sobre aquellas desconocidas regiones de la patria. Dicho puerto está unido con Pasto por una carretera imperdonablemente descuidada, cuando, ciertamente, es digna de la máxima atención.

Las tierras de los alrededores de Puerto Asís son de primera clase, según el consenso de sus habitantes y cultivadores. La piña que allí se produce es única en el país y quizá en el mundo. De carne blanca dulcísima, y tan tierna que se deslíe suavemente en la boca. Es inexplicable que no se haya establecido una explotación en grande escala de tan extraordinario manjar. Los lulos son de tamaño gigante. Las naranjas son igualmente grandes y sabrosas. En las inmediaciones del Ranchería abundan los frondosos guamos (género "inga"). Son de una clase óptima que produce

guamas de gran longitud, como que casi todas alcanzan a más de 70 centímetros de largo. Contienen en su estuche numerosas legumbres semejantes a capillas de algodón, sanísimas y jugosas y de un sabor incomparablemente delicioso. (Los Kofanes llaman UNGA esta delicada fruta. Y la consumen golosamente). Allí se cultiva también la caña de azúcar, el arroz, el cacao etc.

Puerto Asís tiene un campo de aterrizaje que se utiliza para aviones de tamaño medio. De Bogotá, en vuelo directo, se emplean 3 horas escasas a dicho sitio. En uno de tales aviones, que llevaba en su interior un helicóptero desarmado, volé con felicidad hasta el pintoresco puerto. Allí, tres o cuatro mecánicos muy hábiles volvieron a armar, en pocas horas, el helicóptero. Después de probado por el piloto, continuamos el viaje hacia la parte alta del río San Miguel sede de los Kofanes, siguiendo el curso del Guamués hasta el caserío de San Antonio, y luego volando en línea recta, no sin un poco de temor, por sobre la selva, enmarañada, oscura y misteriosa, sin otro guía que la brújula. El vuelo duró una hora aproximadamente. Elías Lusitante, jefe KOFAN, vive con su numerosa familia cerca de la desembocadura del río Rumiayaco, en el San Miguel. Ejerce su autoridad muy tinosamente, y recibe al visitante con simpatía pero, al mismo tiempo, revestido de suma dignidad.

El viaje de Puerto Asís a la casa de Cacique se hace ordinariamente en varios días, siguiendo primero el curso del río Putumayo hasta la boca del río San Miguel; y luego remontando este último en una extensión de doscientos kilómetros. En el Putumayo y en parte del San Miguel pueden utilizarse lanchas o canoas de motor; pero en el alto San Miguel sólo se emplean pequeñas canoas impulsadas por medio de palancas. En estas tareas son habilísimos los indios KOFANES quienes, impávidos, remontan o descienden temerariamente las impetuosas aguas, zigzagueando por entre las puntas de las rocas que orlan con hirviente encaje de espumas los sonoros rápidos del río. Rápidos, bellos y musicales, dignos de ser contemplados y admirados, pero que han sido tumba para muchos infortunados e inexpertos exploradores.

Los KOFANES son una tribu de indígenas sanos de cuerpo y de espíritu, alegres y serviciales. Al parecer están muy satisfechos de la vida aislada que llevan, en contacto íntimo con la naturaleza; pues a medida que los "civilizados" se acercan a sus dominios ellos se retiran a prudente distancia (decenas y aún centenas de kilómetros), arriándose al nudo de la cordillera, donde la selva está aún inexplorada y virgen. Viven en grandes y cómodos ranchos de dos pisos, fabricados generalmente de guadua. El primer piso, sin paredes, lo destinan a la vivienda de los animales domésticos (gallinas y cerdos etc.). Duermen en hamacas o chinchorros que ellos mismos tejen con duras fibras vegetales de sus pródigos bosques.



Uno de los bellos ríos en el dominio de los Kofanes.



Dama Kofán.

Cultivan el maíz, la yuca, el plátano, el tabaco, la piña, etc. No beben leche, ni la natural, ni la llamada "condensada", ni la preparada a base de polvo lácteo. (No me explicaron el motivo). Complementan su alimentación con la pesca y la caza. Para esto disponen de buenas escopetas que les proporcionan los negociantes que por allí van a visitados. Pero prefieren las excelentes cervatanas que ellos mismos fabrican, a navaja, del corazón de algunas palmeras. Con tales armas hacen prodigios de puntería sobre la abundante fauna comestible, de pelo y de pluma (cerdos de monte, paujiles, etc.). No cazan el venado, por lo cual este animal deambula tranquilamente por playas y bosques sin huírle al hombre. (Le tienen al ciervo cierto temor porque al morir conserva los ojos abiertos). Por otra parte, en todos los ríos que bañan estas selvas se encuentran numerosos peces de exquisita calidad, como para complacer al más exigente gastrónomo.

Cuando se les contrata para trabajar acude al sitio toda la familia (hombres, mujeres y niños). Y es de ver la habilidad con que manejan el hacha o el machete. Algunas mujeres trabajan llevando sus niños a la espalda, sin demostrar la menor fatiga. Construyen pequeños ranchos de emergencia en pocos minutos con habilidad pasmosa. En la selva encuentran todos los materiales: la guadua que proporciona parales, cumbreras, mesas y camas; bejucos para amarrar, de distintos diámetros; palmeras de hojas anchas para el tejado, o para los muros o el piso; hojas cóncavas, especialmente fuertes, que les suministran, inmediatamente, vasijas de diversos tamaños, bien sea para el transporte o bien para el almacenamiento del agua. Poseen, al parecer, un sexto sentido para orientarse en la selva más inextricable. Pero ello obedece a una paciente y sagaz observación de los fenómenos naturales. Una tarde sin sol me interné con un viejo indígena en la selva. Buscábamos el famoso bejuco YOCCO. Después de algunas vueltas le pregunté: "Puede indicarme hacia dónde nace el sol?" y él, inmediatamente me señaló el Oriente con la diestra, lo cual comprobé con mi pequeña brújula. Un rato después, en otro sitio, repetí a pregunta. Nuevamente, sin titubear, me señaló el punto cardinal. Intrigado, le pregunté cuál era su método, y me contestó, en su deficiente castellano: "Es que ustedes no se fijan. Basta observar hacia lo alto el color del musgo que tapiza el tronco de los árboles. El sol del Poniente le da a ese musgo un tono más dorado. Al cruzar la selva, nos fijamos permanentemente en ello".

Otro hecho, que me dejó perplejo, y que demuestra que la Naturaleza es un libro abierto para ellos, y que lo saben leer muy bien, fué el siguiente: Una tarde, después de una fuerte tormenta, durante la cual rayos y truenos habían sido copiosos, estaba en la orilla del río, con un grupo de indígenas, observando cómo la creciente había tornado amarillas las aguas, cuando el Jefe me preguntó: "Quiere pescado para la comida?". Ante mi respuesta afirmativa, hombres y mujeres sacaron sus machetes y algunas mochilas. Los niños se armaron de piedras. Todos se metieron entre el río, en

una playa de poco fondo, y comenzaron a dar planazos en el agua turbia y a botar piedras. Y entonces fue mi asombro, pues ví saltar ante mis ojos, fuera del agua, multitud de peces de diversos tamaños, los cuales eran aprisionados prontamente dentro de las mochilas que llevaban ya listas. La abundante pesca sobrepasó todas nuestras necesidades. El Cacique me explicaba luego que los peces se aturden con los truenos y buscan, entonces, las aguas poco profundas de las orillas, donde hay playas suaves. Los peces no salen a la superficie pero ellos -los indios- saben que están ahí y proceden a capturados, si lo desean, lo cual realizan con suma destreza. Por otra parte, los Kofanes saben Freírlos o asados como el más competente doctor en culinaria.

Por lo que hemos narrado hasta ahora se comprende que este pueblo indígena se alimenta muy bien. En cuanto a bebida, disponen de las más transparentes y ricas aguas que puedan imaginarse. Con estas y con el zumo de la subcorteza del bejuco que llaman YOCCO preparan una bebida amarillenta, ligeramente amarga, inhibidora de la sed y del hambre que reanima los músculos cansados. Personalmente, disfruté de ellas varias veces y pude comprobar sus saludables efectos.

El Padre Enrique Pérez Arbeláez, en su libre PLANTAS UTILES, dice así del YOCCO:

Paullinia spp. Esta especie tiene un valor tan singular que ya debiera estar estudiada e industrializada. He aquí cómo nos describe su uso el botánico F. Claes quien recogió ejemplares en el Caquetá para el Museo de Historia Natural de París:

"Los indígenas de toda la hoya del Horteguasa y sus afluentes se entregan al uso de yocoó siempre que se presenta la carestía de víveres. Toman una porción por la mañana en ayunas, y sin más alimento, se entregan a sus ocupaciones en la selva, van de caza y de pesca, íntegro el día sin experimentar la más leve presión del hambre. En cuatro puntos distintos del Horteguasa se me confirmaron los sorprendentes efectos del yocoó. Se debería admitir que los efectos anestésicos de esta liana son mucho más poderosos que los de la coca. Para preparar la bebida de yocoó, los indígenas se proveen del bejuco y lo cortan en porciones de un largo proporcionado con su grosor. Así, verbigracia, si tiene cuatro o cinco centímetros de diámetro, la longitud será alrededor de 10 centímetros. De él sale una dosis. Primero limpian y lavan la corteza, después la raspan finamente hasta la albura, y exprimen el rayado en el agua que da un vaso pequeño".

Jefe Kofán invitado a Bogotá, por la Facultad de Recursos Naturales en la Universidad de Bogotá en 1956, con el objeto de oírle su descripción sobre el medio ambiente natural.



Otro Jefe Kofán, más próximo a los sitios civilizados.

Sin que sepamos la respuesta dada a Claes por el Bureau d'Information et Propag, sí podemos añadir que en el yocoó se esconden maravillosas aplicaciones industriales de un valor económico inmenso. Sólo con un remedio que facilitara el no comer a las personas demasiado gordas, el inventor haría una fortuna y un gran servicio a la humanidad. (Hasta aquí el Padre Pérez Arbeláez).

El Profesor Néstor Uscátegui, del Instituto Colombiano de Antropología, en reciente estudio publicado en la "Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales" dice sobre este tema:

"Los Kofanes son grandes consumidores de YOCCO, que beben diariamente todos los individuos. Con las espontáneas reservas de este vino de la selva se terminan en una región, un poblado entero puede moverse para buscar un nuevo y cercano abastecimiento. Este nunca es cultivado, puesto que es una liana de lento crecimiento".

El doctor Enrique Núñez Olarte, director del Laboratorio de Fisiología de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, después de examinar los troncos traídos del Rumiyaco, me expresó lo siguiente: "El YOCCO es de la familia de las GUARANAS. Matiz, el célebre dibujante de Mutis, ya lo menciona así. Un examen cualitativo hecho en el Laboratorio dió el siguiente resultado: 1) tiene un principio activo de la familia de las purinas, la cafeona (aproximadamente 0.5%); 2) contiene un principio amargo no identificado, estomáquico; 3) es rico en tanino. El profesor Núñez agregó: "El YOCCO tiene similitud con la yerba mate uruguaya. El organismo transforma lentamente la *cafeona* en cafeína, de modo que el YOCCO es estimulante como el café y aumenta indiscutiblemente la resistencia física. Tal vez sea posible explotarlo comercialmente fabricando con ella una bebida popular". Para terminar, me informó amablemente que un grupo de alumnos de farmacia piensan estudiar a fondo esta interesante planta.

Los Kofanes no usan calzado. Los hombres visten pantalones y un saco largo que les llega a las rodillas. Las mujeres falda y saco corto. En la ternilla de la nariz y en las orejas hombres y mujeres se atraviesan plumas de vistosos colores o delgados canutillos. En la cara se pintan espirales con achiote. Todos usan largos collares de finas cuentas de colores, los cuales alcanzan a dar cincuenta o más vueltas alrededor del cuello. El cacique usa además un gran collar de colmillos de tigre, y las cortas mangas del saco las prolonga con flecos de fique. En general, los hombres se adornan más que las mujeres.

Las mujeres, además de cocinar, se ocupan en tejer chinchorro con fibras de palma o de fique. El hombre se ocupa de la caza y de la pesca. En el manejo de la canoa, en esas torrenceras peligrosísimas, son también muy hábiles las mujeres.

La selva es sana y está poblada de excelentes maderas (cedros, caobas, etc.). En una área reducida observé varios árboles del famoso caucho e infinidad de altas palmeras. Una que se tumbó, cerca del campamento, medía 60 metros. Y había más altas.

Gran sorpresa constituyó el no haber tenido que usar el BLACK FLAG o el NO-BITE, durante la noche, ya que no había zancudos. Tampoco se desempacó el suero antiofídico, pues en un lapso de 3 semanas sólo se vió una serpiente, al parecer no venenosa. (Qué diferencia con la región del Cata tumbo, donde un día al abrir una trocha cerca del Río de Oro, los peones mataron cerca de setenta ofidios venenosos).

El venado abunda y es manso, como antes dijimos, pues no lo persiguen los indígenas. En una estrecha playa tuve la grata oportunidad de encontrarme, en forma súbita, con un hermoso ejemplar de esta especie, el cual se detuvo tranquilamente a mirarme durante un breve tiempo.

Los kofanes sufren de muy pocas enfermedades. No conocen el resfriado común. Del surtido "botiquín" que llevaba sólo tuve que darles unas curitas de sulfatiazol para algunas cortadas, y alcohol de fricciones para calmarles el dolor producido por la mordedura de las agresivas hormigas CONGAS, las que sí abundan. El mayor tesoro de que dispone esta raza es el agua (precipitación pluvial anual muy grande, del orden de 3.000 milímetros). Maravillosamente cristalina, como quiera que los ríos que bañan el territorio son de ladera, con lecho de piedras y arena. A trechos se forman deliciosos remansos, poco profundos, que invitan a la natación sin peligros. Y cuando las crecientes enturbian las aguas, siempre es dable encontrar en la selva, a poco andar, escondidas fuentejillas de agua fresca y pura. (La época que pudiéramos llamar seca va de noviembre a marzo. El resto del año es lluvioso).

Los kofanes cultivan excelente tabaco. Sin embargo, reciben golosamente los paquetes de cigarrillos que se les lleve. Los "negociantes" (así llaman los indios a los comerciantes que se aventuran por aquellos ríos salvajes) saben esto y les llevan de vez en cuando cigarrillos, telas, aguardiente y chucherías. Ellos dan, en cambio, hamacas, chinchorros u oro en polvo, que recogen en las playas de algunos de sus nos. (A razón de \$ 6.00 el gramo me dijo alguno de los indios).

Cuentan en Puerto Asís la historia de un Kofán que viajó a Nueva York con algunas mochilas llenas de oro y allí las cambió por una lujosa residencia. Se non e vero ...

Puerto Asís, desde el helicóptero.



Un Jefe Kofán.

La familia Kofán es nómada. Así el poblado indígena que con el nombre de Santa Rosa de Sucumbios figura en los mapas en la margen derecha del río San Miguel, en territorio ecuatoriano, hoy está reducido a un pequeño rancho, perdido en la selva.

Algunos Kofanes entienden el castellano y se hacen entender en dicho idioma. La forma verbal que entienden más fácilmente es el gerundio, Por lo cual la mejor manera de invitados a ejecutar una acción consiste en decirles, por ejemplo: "comiendo", "trabajando", "tumbando árbol", lo cual significa para ellos: "Vamos a comer". "Vamos a trabajar", "Hay que tumbar ese árbol".

El Jefe Kofán tuvo la paciencia de enseñarnos algunas palabras de su armoniosa lengua. De tal vocabulario copiamos lo siguiente:

Tengo hambre	Ji puaeña	Dedo	Zemianko
Tengo sed	Za quieña	La amo	Na pusheya
Cabeza	Zoube	Confluencia	
Me duele la cabeza	Zoube iña	(de dos ríos)	Zumbupa
Ojo	Zoofe	Uña	Quitsiko
Mano	Tíve	Hombre	Zóndegui
Pie	Zuta	Mujer	Pushed
Boca	Ayav	Arbol	Quínizi
Nariz	Zoofate	Sol	Chiga
Agua	Zaak	Luna	Koube
Quiero agua	Zaak que cuya	Noche	Kuúza
Diente	Teeto	Día	Aata
Pierna	Tenango	Mazorca	Pijpe
Miembro viril	Shuú	Corona	Otifac
Codo	Zéndicho	1	Fuueco
Rodilla	Zuuttacho	2	Cuangui
Pelo	Tooza	3	Cuangui fuueco
Estoy enfermo	Naga pagi	4	Catifaico
Viento	Gutopasi	5	Cuenchuico
Rayo	Zaanda	6	Cabase cuenchuico
Niño	Aari	7	Cabase Cunday
Hijo	Na aari	8	Entinyeico
Estoy bravo	Na yukai	9	Otafaico
Guama (la fruta)	Unga	10	Tibeyico
Piña	Chiviga	11	Tibeyico fueeco
Trabajar	Semaña	12	Tibeyico Cuangui

Etcétera

Nótese que usan sistema decimal.

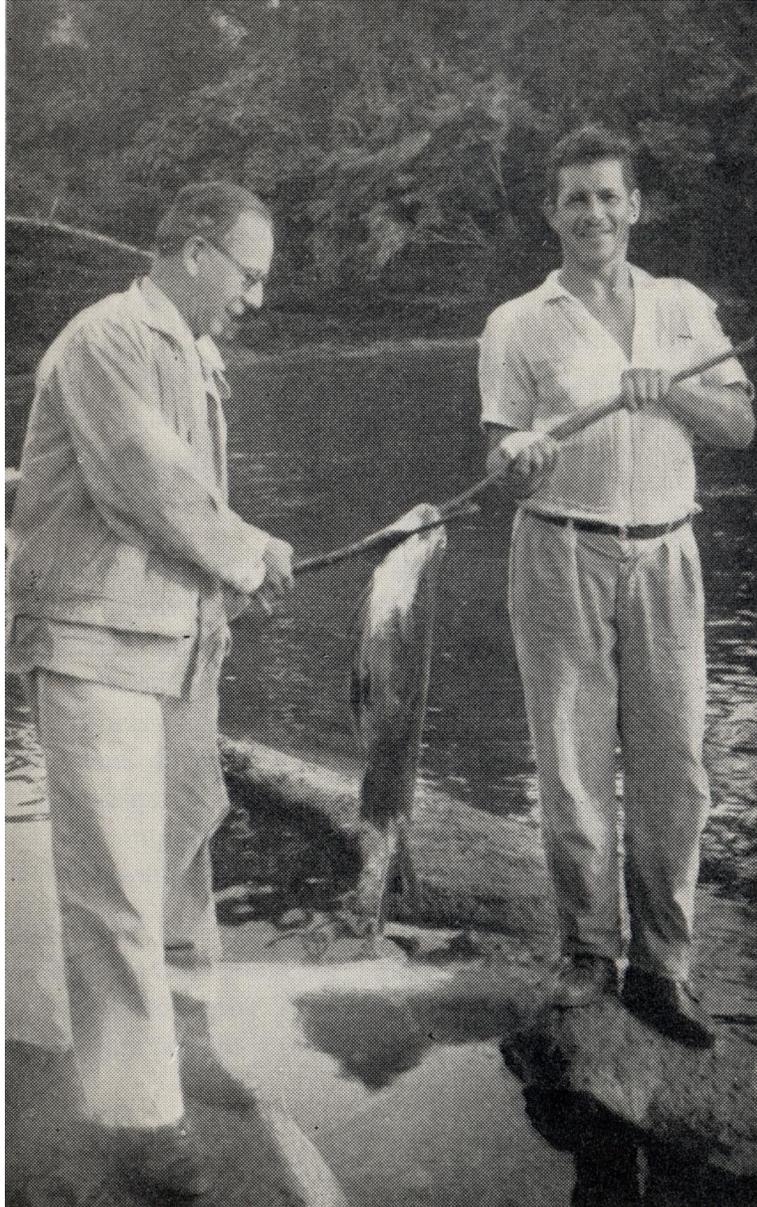
El helicóptero, con flotadores, los cuales lo hacen anfibia, es el vehículo ideal para los transportes de pasajeros o de carga en estas zonas selváticas, cruzadas por muchos ríos y caños, y salpicadas de numerosas lagunetas. Tiene este aparato mucha agilidad para salvar toda clase de obstáculos y puede descender muy bien sobre una angosta playa o sobre la superficie del agua ya esté tranquila o en movimiento. En alguno de los vuelos del helicóptero que utilizamos, al descender a nuestro improvisado campamento, una ráfaga arrebató al piloto su gorra de trabajo, la que cayó al río. Entonces tuvimos la oportunidad de admirar las increíbles acrobacias que ejecutó el piloto sobre las rápidas aguas del río para tratar de recobrar su útil prenda. Pudimos apreciar, en detalle, la flexibilidad y docilidad de la máquina ante los deseos de su conductor: o bien se mueve con rapidez o ya se detiene en el aire, a pocos centímetros del agua, inmóvil como el colibrí ante el cáliz de una flor.

La visión de la selva desde el helicóptero que generalmente vuela a sólo 100 ó 200 metros sobre las copas de los árboles, es una experiencia inolvidable. Desde un avión, a mil o más metros de altura, el pasajero no se da cuenta exacta del paisaje ni del peligro porque lo que se desliza, abajo, ante sus ojos, es un verde tapiz de fina trama que se tiende suavemente a sus plantas en el cual los meandros de los grandes ríos semejan bellas cintas de plata. Por el contrario, el viajero del autogiro puede contar las copas de los árboles y alcanza a divisar allá en el fondo, al pie de los gruesos troncos, la enmarañada vegetación y la penumbra misteriosa que todo lo envuelve. Y adivina el "infierno verde" con su flora extraña, su fauna multiforme y los mil sortilegios de aquel vasto reino, huérfano del hombre. El paraíso cercano que acaba de abandonar a la ribera del río rumoroso, se transforma, en pocos minutos de vuelo, en la selva profunda, en la vorágine vegetal, inmisericorde, que amenaza engullido en sus vórtices sin dejar rastro alguno. Y solo cuando se abre otro claro en el bosque, heraldo de un nuevo río, vuelve el alma a su cuerpo y la palabra a los labios. En ocasiones parece que el vehículo -zancudo gigante de otra edad- que va a 100 kilómetros por hora, fuera a chocar con una alta palmera que sobresale como una reina por encima de la muchedumbre de árboles. Vienen, entonces, a la memoria los versos inmortales de Fallon, dedicados a la gentil soberana del bosque, para quien

*"..... la techumbre
de la alta selva apenas es alfombra
do tendida su sombra
ondula del Ocaso a la áurea lumbre".*

Pero volvamos a la realidad. Si se sitúan, con anterioridad, en un cierto número de puntos bien distribuidos, depósitos de gasolina y aceite, se puede organizar un buen servicio de transportes a

base de esta clase de aparatos en combinación con canoas o lanchas de motor. En esta forma podrían planearse, en ciertas épocas del año, las menos lluviosas, atractivas excursiones de pesca y de caza para las personas que quieran gozar de la Naturaleza y olvidar un poco esta agobiadora civilización que mantiene sobre nuestra cabeza dos armas más terroríficas que la de Damocles: la bomba atómica y el conflicto social.



El Río Putumayo, río de las garzas y afluentes son riquísimos en fauna acuática que hacen las delicias de los más exigentes pescadores deportivos.

Ampliando cada vez más estas excursiones, podríamos entrar en contacto amistoso con los indígenas -alma indiscutible de aquel hermoso paisaje geográfico- para ir tomando posesión cordial de esta tierra de promisión, hoy perdida para los que presuntuosamente nos llamamos civilizados.

La región que acabamos de describir, en forma muy imperfecta e incompleta, merece ser estudiada a fondo en forma científica. En efecto, por sus notables características geográficas, por la riqueza de sus bosques y de sus ríos, por la feracidad de sus suelos, por la buena índole de la raza indígena que en parte la puebla, tal zona es uno de nuestros paraísos naturales, cercano de los centros poblados. Empero es un paraíso perdido por la ausencia total de vías de comunicación.

Paraísos de esta naturaleza totalmente ignorados por el Estado, posee muchos Colombia en sus 700.000 kilómetros cuadrados de selvas y llanos. Regiones ubérrimas que esperan ser colonizadas, o, al menos por ahora, ser estudiadas académicamente. En casi todas existe ya el primer factor de colonización, el más importante sin duda, el elemento humano adaptado ya al medio por siglos y quizá milenios de permanencia, o sea la raza aborígen. Razas desnutridas algunas, pero, a pesar de ello, fuertes y laboriosas.

Se han arraigado entre nosotros -principalmente entre los dirigentes políticos, hombres del gobierno y altas clases- dos axiomas en que creemos ciegamente y que es necesario revisar. Dos axiomas que se están popularizando falsamente, equivocadamente, con grave perjuicio económico y social para la patria. Es el primero que los suelos de todas nuestras selvas y llanos son pobrísimos e inapropiados para cultivos sistemáticos. Y el otro, que nuestras razas indígenas están degeneradas y carecen de toda aptitud mental y física.

Precisamente la prensa de estos días informa que un técnico español ha encontrado que vastas regiones aledañas al río Meta son aptas para el cultivo de plantas oleaginosas como el maní, de gran demanda por parte de la industria. Y ya dijimos cómo las vecindades de Puerto Asís son en concepto de sus cultivadores tierras de primera categoría.

Conozco personalmente, muy de cerca, tres familias indígenas, todas ellas dignas de mejor atención y que constituyen un valioso capital humano: Los Guajiros, los Motilones del Río de Oro y los Kofanes del Río San Miguel. Todos sanos y vigorosos. Los Guajiros son sobrios y muy inteligentes. Los Kofanes son serviciales y alegres. Y los Motilones, como todos sabemos, son

aguerridos con un valor rayano en la temeridad, y aún defienden indomablemente su heredad y su independencia, en las faldas de la Serranía de Perijá.

Ahora bien. ¿Estamos haciendo por ellos algo efectivo, en la medida necesaria y suficiente? Me temo que no. Tal recurso humano lo estamos desperdiciando indolentemente. Se halla tan abandonado como en la época precolombina. Solo anotamos su presencia cuando se desatan conflictos fronterizos o sociales. Con los crímenes de las caucherías de la casa Arana volvimos los ojos hacia esas regiones martirizadas. Pero solo literariamente; en forma muy hermosa, por cierto. Durante el conflicto de Leticia extendimos algunas vías hacia la región Amazónica. Después, silencio y olvido, en espera del próximo conflicto.



Grupo de Kofanes.



Helicóptero con flotadores en la playa

Debemos tener presente que nuestras líneas fronterizas están localizadas precisamente en aquellas abandonadas regiones. Y que la política-lógica y sabia- de los vecinos y hermanos es atraer al máximo por todos los medios, a sus moradores aborígenes.

Sensato, humanitario y patriótico es no solo conservar estas razas sino también procurar su incremento.

Es, pues, muy urgente, desde todo punto de vista, emprender una cruzada científica y administrativa para rescatar aquellas regiones. Que son mucho más de la mitad del territorio nacional y que fuera de consrítuir la gran reserva del futuro, contienen recursos que necesitamos ahora mismo.

Tal cruzada debieran encabezada los servicios técnicos oficiales que se ocupan del levantamiento de mapas, de los análisis de suelos, de los estudios geológicos, mineralógicos y etnológicos etc., las Academias de Historia, de Geografía y de Ciencias. Y, además, para infundide aliento juvenil, las Universidades oficiales y privadas. Recuérdese que el gran Parque Nacional que es hoy la Serranía

de la Macarena, a muy poca distancia de Bogotá, era desconocido y no figuraba en los mapas de hace 30 años. Y esta Serranía de gran belleza tiene trascendental valor científico.

Con el divino Barba Jacob podríamos exclamar:

"Cuántas no se hallarán aún más hermosas!".

